

Jesús Marchamalo
Damián Flores

44
escritores de la
literatura universal

 Siruela

Las Tres Edades / Nos Gusta Saber

Índice

De lo que se trata Jesús Marchamalo	11
---	----

44 escritores de la literatura universal

Balzac y los acreedores	17
Baudelaire, la ortografía	21
Blixen, tan delgada	25
Las Brontë, el mundo imaginado	29
Byron, verduras y gaseosa	33
Camus, el billete de tren	37
Capote, todos los excesos	41
El bueno de Chéjov	45
Chesterton, mapa del disparate	49
Colette, la reina de la casa	53
Conrad, lobo de mar	57
G. Apollinaire/S. Beckett/G. Flaubert/A. Gide	61
Dickens, los potes de betún	65

Dostoievski, el hombre que hizo llorar al zar	69
Dumas, la buena letra	73
Duras, besos y chistes malos	77
Faulkner, fumando en pipa	81
Fitzgerald, los felices veinte	85
Hemingway, el centenar de gatos	89
Hermann Hesse, el hilo de sangre	93
Victor Hugo, el Rey Sol	97
Joyce, las gafas de gato	101
Kafka, el oficinista	105
M. Gorki/H. James/R. Kipling/H. Melville	109
Lampedusa, pastelitos y Shakespeare	113
Clarice Lispector, la exótica mirada	117
Jack London, armado en la cubierta	121
Thomas Mann, las cosas pequeñas	125
Nabokov, el cazamariposas	129
Pessoa, sociedad limitada	133
Poe, pobre	137
A la busca de Proust	141
Rilke y los japoneses	145
Rimbaud, la quemadura de la gloria	149
Salgari, la mala suerte	153
B. Pasternak/G. Perec/E. Pound/I. Turquéniev	157
Jean-Paul Sartre (y Beauvoir también un poco)	161

Simenon, los cuatrocientos libros	165
Stendhal, las doce en punto	169
Stevenson, el que contaba historias	173
Tolstói, el campesino	177
Twain, el bigote de morsa	181
Verne, el tiro en la pierna	185
Walser el paseante	189
La importancia de llamarse Wilde	193
Woolf, la bella nunca guapa	197
Yourcenar, cuarenta bufandas	201
Biografías	205

De lo que se trata

Siempre me ha gustado conocer la vida de los escritores. Sus hábitos, sus manías, sus avatares familiares, sus problemas y cómo los resolvieron. O complicaron. Creo que, más allá de la curiosidad, que ya sería motivo suficiente, saber cómo vivieron los grandes creadores ayuda a entender mejor su obra. A explicarla, justificarla, razonarla...

44 escritores de la literatura universal propone un recorrido por la literatura europea y norteamericana de los siglos XIX y XX a través de muchos de sus nombres imprescindibles, y de las claves, sucesos e historias que ayudan a conocerlos. La lista de autores incluye los nombres más representativos de la literatura francesa, inglesa, italiana, alemana, estadounidense, rusa... Y alguno, también, de nuestros autores predilectos.

Estoy convencido de que cada persona tiene un rasgo que, por encima del resto, la define. A veces algo obvio y, en ocasiones, inexpresado, recóndito. Esa búsqueda de la singularidad, del destello que ilumina el personaje, ha sido el objetivo a la hora de escribir este libro.

Por lo demás, creo que merece la pena señalar el hilo trágico que recorre muchas de estas semblanzas: infancias desgraciadas, pobreza, deudas, enfermedad, miseria, alcohol, muerte prematura... La vida de los escritores no siempre ha sido cómoda o complaciente; y la genialidad, el compromiso con la propia obra, con la literatura, suele pasar una factura muchas veces fatal. La quemadura de la gloria.

Falta hablar de los dibujos de Damián Flores, sus magníficas caricaturas, que revelan esa parte secreta del escritor, al que retratan desde una inesperada perspectiva, una mirada nueva y original.

Termino refiriéndome a *39 escritores y medio* (Siruela, 2006), dedicado a escritores españoles y latinoamericanos, del que este libro es una lógica continuación. En la introducción a aquel, afirmaba que conocer a los autores, interesarse por ellos, acaba muchas veces conduciendo a sus libros.

No sé si sucedió entonces, pero no se me ocurre mejor deseo para este 44... Que sea una puerta, una ventana, una rendija a través de la cual asomarse a la literatura. Que es de lo que se trata.

Jesús Marchamalo

octubre de 2009

44
escritores de la
literatura universal

A Miguel Delibes, entrañable amigo.

Y a la pequeña Cloe.

Honoré de Balzac



Balzac y los acreedores



Si se trata de Balzac hay que hablar de tres cosas: su pelo, sus sortijas y su bastón. Ningún otro rasgo ha despertado tanto interés entre sus biógrafos, nada, en su vida, ha hecho correr tanta tinta como su melena impermeable a los peines —asilvestrada, arrebolada, airosa, un poco de mañana de resaca—; la variedad de sus anillos, de papa o de monarca, y las empuñaduras de sus cachavas. Suficiente para una caricatura.

Vivía en Les Jardies. Una pequeña propiedad cerca de París salpicada de árboles diminutos y empinadas terrazas, donde él mismo dirigió la construcción de la casa en la que, hélas!, se olvidó de la escalera. Por más que los albañiles preguntaran por ella —su localización en planta, la calidad de los materiales, el diseño de la barandilla—, el ocupado Honoré, pendiente de otros aspectos más urgentes de la obra, fue postergando la decisión hasta que se retiraron los andamios y la imposibilidad de acceder a los pisos superiores se hizo evidente. Así que hubo que improvisar: ponerla por fuera, en la parte trasera, como pertinaz homenaje a su impericia.

En esa casa, poco más que un pabellón umbrío y destartado, vivió gran parte de su vida rodeado de un mobiliario inexistente que fue garabateando en las paredes, con un trozo de tiza, y que nunca llegó a comprar: aquí una cómoda —se leía—, aquí un zócalo de mármol, aquí una chimenea... Allí trabajaba, siempre de madrugada, corrigiendo una y otra vez, y de allí salía a pasear, a menudo, con sus andares torpes, sinuosos, como los de un paquidermo. Le gustaba caminar de noche, para pensar, por los bosques de Ville d'Auray y de Versailles. Y había veces en que aparecía en

la plaza, ya amanecido, con pantuflas y bata, despeinado, sin reloj ni dinero, como un sonámbulo, y que tenía que volver a casa en el tranvía, contando con la complicidad del conductor que hacía la vista gorda cuando subía sin pagar.

Sus deudas fueron legendarias. Los acreedores llamaban a su puerta haciendo sonar una campanilla (se decía que de plata), y se enfrentaban a su silencio indiferente, un muro, cuando no a los ladridos amenazantes, intimidatorios, de un enorme perrazo, El Turco, todo dientes y fauces espumosas y ojos inyectados, temible y homicida. Y fue la comidilla nacional aquella señora, no se supo quién era, que cierta noche, en el transcurso de un baile de disfraces, se acercó hasta él y le deslizó un grueso fajo de billetes para a continuación desaparecer apresuradamente, enmascarada, entre los pierrots, los arlequines y los napoleones.

Un día lo visitó Victor Hugo. Desarrapados ambos, algo andrajosos. Uno, el pantalón sin tirantes; otro, la corbata raída. Uno, los zapatos sucios; otro, el chaleco falto de botones. Hugo fue parco en sus cumplidos, a juzgar por lo que contaron los testigos. Solo, casi al final, elogió la belleza de los alhelíes. «Son bonitos», dijo señalando difuso con el dedo.